

DG207
L5
N3
7

LIBRO XL.

Filipo manda buscar y matar a los hijos de los nobles que tenia prisioneros.—Heroísmo de Theoxena.—Odio y debates entre los hijos de Filipo, Perseo y Demetrio. Acusado Demetrio, es envenenado como amigo de los romanos.—Victorias de los romanos en Liguria, España y sobre los celtíberos.—Encuéntranse en el Janículo los libros de Numa Pompilio.—El pretor declara que no pueden leerse ni conservarse sin peligro del Estado. Quémanlos en la plaza de los comicios.—Colonia llevada a Aquilea.—Dolor de Filipo, que reconoce la inocencia de Demetrio; sus proyectos para la sucesión al trono; su muerte.

ES PROPIEDAD



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

156307

Imprenta de la Viuda de Hernández y C.ª, calle de Ferraz, núm. 13

LIBRO XL.

SUMARIO.

Filipo manda buscar y matar a los hijos de los nobles que tenia prisioneros.—Heroísmo de Theoxena.—Odio y debates entre los hijos de Filipo, Perseo y Demetrio. Acusado Demetrio, es envenenado como amigo de los romanos.—Victorias de los romanos en Liguria, España y sobre los celtíberos.—Encuéntranse en el Janículo los libros de Numa Pompilio.—El pretor declara que no pueden leerse ni conservarse sin peligro del Estado. Quémanlos en la plaza de los comicios.—Colonia llevada a Aquilea.—Dolor de Filipo, que reconoce la inocencia de Demetrio; sus proyectos para la sucesión al trono; su muerte.

Al comenzar el año siguiente, los cónsules y los pretores sortearon sus provincias. La Liguria era la única que podían asignar a los cónsules. M. Ogulnio Galo obtuvo la jurisdicción urbana, M. Valerio la de los extranjeros, Q. Fulvio Flaco la España citerior, P. Manlio la ulterior, L. Cecilio Denter la Sicilia y C. Terencio Istra la Cerdeña. Mandóse a los cónsules que hiciesen levas. Q. Fabio había escrito desde la Liguria que los apuanos pensaban sublevarse y que podía temerse invadiesen el territorio de Pisa. Habíase sabido también que la España citerior se había levantado en armas y que los celtíberos habían comenzado la guerra; que en la ulterior, la larga enfermedad del pretor, dejando a los

soldados en la inacción y la molición, había relajado la disciplina militar. Estas noticias hicieron decidir que se levantasen nuevos ejércitos. Cuatro legiones, de cinco mil doscientos infantes y trescientos caballos cada una, reforzadas con quince mil infantes y ochocientos caballos latinos, debían formar los dos ejércitos consulares que marcharían á la Liguria. Además debían alistarse siete mil hombres de infantería latina y cuatrocientos jinetes para enviarlos á la Galia, á las órdenes de M. Marcelo, á quien se prorrogaba el mando como próconsul. Para reforzar los ejércitos de las Españas alistáronse cuatro mil infantes y doscientos caballeros romanos y siete mil hombres de infantería y trescientos de caballería latina. También se prorrogó por un año á Q. Fabio Labeón el mando del ejército que tenía en la Liguria.

La primavera fué muy tempestuosa aquel año. La víspera de la fiesta de Palas (1) levantóse á mediodía furioso huracán que ocasionó graves daños en muchos edificios sagrados y profanos. Derribó estatuas de bronce en el Capitolio, arrancó la puerta del templo de la Luna (2) en el monte Aventino, y la lanzó contra la parte posterior del templo de Ceres; derribó otras muchas estatuas con las columnas que las sustentaban en el

(1) Estas fiestas, establecidas en honor de Palas, diosa de los pastores, se celebraban el 12 de las kalendas de Abril, aniversario de la fundación de Roma. Los sacrificios que se ofrecían á la diosa tenían por objeto conseguir la fecundidad de los ganados. Las fiestas se celebraban con grandes hogueras, formadas con ramas de olivo y laurel, en derredor de las cuales bailaban los campesinos y hacían dar vueltas á los rebaños, creyendo que de este modo alejaban los lobos de los apriscos. Las ofrendas á la diosa consistían en vino, miel, leche y otros frutos.

(2) Este templo lo fundó Servio Tulio. La diosa Luna tuvo uno de los doce altares que levantó Tacio á otras tantas divinidades.

circo máximo, arrancó el techo de algunos templos y dispersó los restos por todos lados. Consideróse como prodigio aquel huracán y los arúspices mandaron expiar sus efectos. También se hicieron expiaciones por el nacimiento de un mulo con tres pies en la ciudad de Reata y la caída del rayo en Formio sobre el templo de Apolo y Cayeta. Con motivo de estos prodigios se inmolaron veinte víctimas mayores y hubo un día de rogativas. Por el mismo tiempo el propretor A. Terencio escribió que había muerto P. Sempronio, después de un año de enfermedad, en la España ulterior. Esta noticia aceleró la marcha de los pretores destinados á aquella provincia. El Senado dió audiencia en seguida á los legados transmarinos, comenzando por los de los reyes Eumeno y Farnaces, y los de los rodios que se presentaban para quejarse del desastre de los sinopenses. Después entraron los de Filippo, de los aqueos y de los lacedemonios, á quienes no se contestó hasta haber oído á Marcio, enviado para examinar el estado de los asuntos en Grecia y Macedonia. A los reyes del Asia y á los rodios se dijo que el Senado enviaría legados para que se informasen sobre el terreno.

El temor que se tenía relativamente á Filippo había aumentado con el informe de Marcio. De tal manera se había sometido aquel rey á las órdenes del Senado, que se veía claramente no había de durar aquella sumisión más tiempo del que le conviniese. De sus disposiciones hostiles no podía dudarse; revelando próxima ruptura todas sus acciones y palabras. En primer lugar trasladó á la Eunacia, llamada antes Peonia, á todos los habitantes de las ciudades marítimas con sus familias, y entregó las ciudades á los tracios y otros bárbaros, persuadido de que podría contar mejor con la fidelidad de aquellos pueblos en caso de guerra con los romanos. Esta medida dió lugar á grave disgusto en toda la Ma-

cedonia: solamente algunos de los que abandonaron sus hogares con sus esposas é hijos guardaban silencio; los demás lanzaban imprecaciones contra el rey, pudiendo más en ellos el odio que el temor. Disgustado Filipo por aquellas manifestaciones, todo lo encontraba sospechoso, hombres, parajes y circunstancias, llegando á decir claramente que no se creería seguro si no mandaba coger y encerrar en prisiones á los hijos de los que había mandado matar y no los hacía desaparecer sucesivamente.

Esta crueldad era tremenda, pero la extinción de una familia entera la hizo más horrible aún. Heródico, uno de los tesalios principales, había sido degollado muchos años antes por orden de Filipo, que en seguida mandó matar á sus dos yernos. Cada una de las dos hijas que quedaron viudas, llamadas Theoxena y Archo, tenía un niño de corta edad. Theoxena no quiso volver á casarse, á pesar de los numerosos pretendientes que tuvo; pero Archo casó con un tal Poris, que era sin duda el ciudadano más importante de Enia, y después de darle muchos hijos, murió dejándolos á todos en la infancia.

Entonces, para atender Theoxena á la educación de sus sobrinos, casó con Poris, cuidando con igual cariño á su hijo y á los de su hermana, como si fuese su verdadera madre. En cuanto se enteró de la orden del rey para que se apoderasen de los hijos de sus víctimas, convencida de que servirían de pasto á sus brutales pasiones y hasta á las de sus guardias, concibió un proyecto horrible, y se atrevió á decir que los mataría á todos con su propia mano antes que dejarles caer en las de Filipo. Estremeciése Poris ante la idea de tan terrible destrucción, y le dijo que los llevaría á Athenas á casa de huéspedes fieles, y que él mismo les acompañaría en el destierro. Partieron, pues, de Tesalónica para Enia, so pretexto de asistir á un sacrificio solemne que

la ciudad ofrece todos los años con gran pompa á su fundador Eneo; y después de haber tomado parte durante el día en el festín sagrado, embarcaronse por la noche, cerca de la tercera vigilia, cuando todos dormían, en una nave que Poris había mandado preparar, y se hicieron al mar como para volver á Tesalónica, aunque con el propósito de pasar á Eubea. Pero el viento era contrario, y á pesar de todos sus esfuerzos, se encontraban todavía muy cerca de la costa cuando amaneció. Los guardias del rey, encargados de la custodia del puerto, enviaron en seguida una barca armada para capturar aquella nave, con orden terminante de no regresar sin ella. Viendo Poris que se acercaba el enemigo, excitaba más y más á los remeros y marineros, levantando algunas veces las manos al cielo pidiendo el auxilio de los dioses; pero Theoxena, recobrando toda su energía, volvió al proyecto que había formado, preparó veneno, sacó un puñal, y presentando ambas cosas á su familia, dijo: «Nuestro único recurso es la muerte. Aquí hay medios para recibirla; elegid el que más os cuadre y salvos de los ultrajes del tirano. ¡Animo, hijos míos: que los mayores den ejemplo; tomad el hierro, ó bebed el veneno si preferís muerte más lenta!» El enemigo estaba ya muy cerca y la madre continuaba excitándoles á la muerte. Todos pusieron fin á su vida de diferentes maneras; después su madre, habiéndoles arrojado moribundos al mar, abrazó á su esposo y se lanzó con él á las olas. Los agentes del rey se apoderaron de una nave vacía.

Esta tremenda catástrofe avivó el fuego del odio público contra el rey, maldiciéndole á él y á sus hijos. Los dioses escucharon aquellas imprecaciones y le infundieron ciego furor contra su propia sangre. En efecto, viendo Perseo que diariamente crecían la influencia y consideración que su hermano Demetrio había alcanza-

do en Macedonia y el favor de que gozaba en Roma, comprendió que solamente el crimen podía abrirle el camino del trono, y reconcentró todos sus pensamientos en este objeto. Pero viéndose demasiado débil para realizar por sí mismo su proyecto, procuró sondear sucesivamente á todos los amigos de su padre empleando lenguaje equívoco. Al principio rechazaron muchos con desprecio sus insinuaciones porque contaban más con Demetrio; pero después, cuando vieron que el odio de Filipo contra los romanos aumentaba diariamente, que Perseo procuraba alentarle y Demetrio extinguirlo; cuando comprendieron que aquel joven perecería por su lealtad, víctima de las infames tramas de su hermano, creyeron que ellos mismos debían impulsar aquel desenlace inevitable y unirse á la fortuna del más fuerte. Coadyuvaban, pues, á Perseo, aplazaron la ejecución de cada cosa para su tiempo, y decidieron solamente trabajar desde luego para animar al rey contra los romanos é impulsarle á la guerra, á la que él mismo se inclinaba fuertemente. Al mismo tiempo, para hacer á Demetrio cada vez más sospechoso, procuraban hablar con desprecio de los romanos, ridiculizando sus leyes y sus costumbres, sus hazañas y hasta el aspecto mismo de Roma, que no estaba embellecida por monumentos ni casas bastante notables; llegando algunos hasta lanzar sarcasmos contra los ciudadanos más eminentes. El joven príncipe, no atendiendo más que á su adhesión á los romanos y su odio á su hermano, procuraba contestar á todo y no hacía más que aumentar las sospechas de su padre y proporcionar pretexto á la calumnia. Por esta razón no le comunicaba su padre ningún proyecto suyo contra los romanos, poniendo toda su confianza en Perseo y concertando día y noche sus planes con él. Por esta época regresaron á Macedonia los emisarios que había enviado á los bastarnos para pedirles soco-

ros, trayendo con ellos algunos jóvenes de las familias principales y hasta de estirpe real. Uno de ellos prometía su hermana al hijo de Filipo, y la alianza de aquella nación belicosa había reanimado el valor del rey. Perseo aprovechó entonces la ocasión, y exclamó: «¿De qué sirve todo esto? El apoyo que recibimos de los extranjeros no es tan grande como los peligros con que nos amenaza una traición doméstica. Entre nosotros tenemos, no diré un traidor, pero sí un espía; desde que estuvo en Roma, entregó su alma á los romanos y no tenemos aquí más que su cuerpo. Casi todos los macedonios tienen las miradas fijas en él y esperan no tener otro rey que el que le den los romanos.» Estas palabras impresionaron al anciano rey, que ya estaba prevenido, y el resentimiento penetraba tanto más en su corazón, cuanto más procuraba ocultarlo.

Acercábase la época de la purificación del ejército, solemnidad que se celebraba dividiendo una perra en dos partes, colocando á la derecha del camino la mitad anterior con la cabeza, y á la izquierda la mitad posterior con los intestinos: las tropas pasaban con armas entre las dos partes de la víctima. A la cabeza de la columna llevaban las brillantes armaduras de todos los reyes de Macedonia desde los tiempos más remotos; en seguida marchaba el rey en persona con sus hijos, y después el cuerpo de cortesanos y guardias del rey; el resto del ejército macedonio cerraba la marcha. Filipo se presentó, pues, llevando á sus dos hijos á los lados: Perseo tenía treinta años y Demetrio veinticinco; encontrándose el uno en todo el vigor de la juventud, y el otro en la flor de la edad, habiendo llegado por consiguiente los dos á la madurez que debía formar la felicidad de su padre, á no encontrarse obcecado. Después de la ceremonia religiosa de la purificación, ordinariamente el ejército hacía algunas evoluciones, dividién-

dose en dos cuerpos y realizando un simulacro de guerra. En esta ocasión mandaron la maniobra los dos príncipes; pero no fué aquella batalla fingida, sino que se atacaron con tanta energía como si se disputase el trono; y aunque solamente empleaban palos, por una y otra parte resultaron muchos heridos, no faltando á los combatientes más que armas verdaderas para que la batalla fuese real. El cuerpo que mandaba Demetrio obtuvo la ventaja. Perseo quedó muy despechado, pero sus amigos le dijeron que aquel triunfo le proporcionaba ocasión para atacar á Demetrio.

Aquel día ofreció un banquete cada hermano á sus partidarios; porque Perseo, invitado por Demetrio, se negó á aceptar. La alegría de la fiesta, la amabilidad y regocijo de la juventud excitaron á todos á beber. Hablóse de la batalla y se bromeó acerca de los adversarios sin eximir á los jefes. Perseo había enviado á uno de los suyos á casa de su hermano para que se enterase de las conversaciones; fué torpe el espía, y, sorprendiéndole algunos jóvenes que casualmente habían salido de la sala del festín, le maltrataron. Demetrio, que ignoraba esta circunstancia, dijo á sus amigos: «¿Por qué no vamos á beber á casa de mi hermano y á disipar con nuestra franqueza y alegría el mal humor que le haya producido el combate?» Todos aceptaron la proposición, exceptuando los que habían apaleado al espía, porque temían les tratasen de igual manera. Pero instándoles Demetrio, ocultaron armas debajo de las ropas para defenderse si les atacaban. Nada puede haber oculto cuando entra la discordia en las familias; las casas de los dos príncipes estaban llenas de espías y de traidores. Adelantóse uno de estos y corrió á advertir á Perseo que venía Demetrio con cuatro jóvenes armados. No ignoraba Perseo el motivo de esta precaución, sabiendo que eran los que habían maltratado á su espía.

Pero para dar carácter odioso á su conducta, mandó cerrar la puerta, y desde una ventana alta de las que daban á la calle dijo que no abriría á aquel alegre grupo, indicando sus sospechas de que quisiesen asesinarle. Excitado Demetrio por la embriaguez, se quejaba en voz alta de aquella negativa, y en seguida volvió al festín, ignorando completamente lo ocurrido.

Al día siguiente Perseo acudió á palacio en cuanto pudo ver al rey, presentándose delante de su padre con el rostro alterado y permaneciendo de pie á cierta distancia y sin hablar. Filippo le preguntó en seguida si estaba bueno y cuál era la causa de su tristeza. Perseo contestó: «Ten entendido que solamente la casualidad te ha conservado á tu hijo. Ya no es un secreto que mi hermano me tiende asechanzas. Esta noche pasada se ha presentado con gentes armadas para asesinarme en mi casa, y solamente he escapado á su furor cerrando las puertas y quedando guarecido por las paredes.» Viendo á su padre agitado á la vez por la sorpresa y el temor, añadió: «Si puedes escuchar, me un momento, te daré la prueba evidente de lo que te digo.» Contestó Filippo que estaba dispuesto á escucharle, y mandó llamar en el acto á Demetrio; al mismo tiempo quiso consultar á dos ancianos amigos suyos, llamados Lisimaco y Onomasto, que no habían tomado parte en los disgustos de los dos hermanos y que rara vez se presentaban en la corte; á éstos les mandó llamar también. Mientras llegaban paseó solo, revolviendo mil pensamientos en su ánimo y manteniéndose apartado Demetrio. Cuando le avisaron su llegada, pasó á una habitación retirada con aquellos dos confidentes, que debían servirle de guardias; permitió á sus hijos que se hiciese acompañar cada uno por tres familiares suyos sin armas, y ocupó su asiento. «Heme aquí, dijo padre desgraciado, obligado á desempeñar papel de

juez entre mis dos hijos, de los que uno es acusador y el otro se encuentra acusado de fratricidio; heme aquí en la dolorosa alternativa de encontrar en mi familia un culpable ó un calumniador. Mucho tiempo hace que presentía esta tempestad que acaba de estallar; vuestras miradas, que nada tenían de fraternales, y las palabras que se os escapaban, me habían prevenido. Sin embargo, me lisonjeaba algunas veces con la idea de que podrían extinguirse vuestros odios y desvanecerse vuestras sospechas. Pensaba que hasta los mismos enemigos deponen las armas y hacen la paz; que muchas veces desaparecen los resentimientos particulares, y esperaba que algún día recordaríais los lazos que os unen, de la franca y pura amistad de vuestra infancia, y de mis preceptos que, por desgracia, temo haber dado á oídos sordos. ¿Cuántas veces, execrando delante de vosotros las discordias entre hermanos, os representé las deplorables catástrofes á que dan lugar? ¿Cuántas veces os he dicho que habían producido la completa ruina de los hermanos enemigos, de sus familias, de sus palacios, de sus estados? A estos ejemplos he opuesto otros saludables. Os he citado la estrecha unión de los reyes de Lacedemonia, que tan dichosa fué durante mucho tiempo para ellos y para su patria; mientras que Lacedemonia sucumbió en cuanto cada uno de ellos se hizo tirano y quiso poner al otro bajo su autoridad. Os he citado á Eumeno y á Atalo, esos dos hermanos, tan poco poderosos al principio que casi degradaban el título de rey, y á quienes solamente su unión ha hecho iguales á Antioco y á mí y á cualquier rey de nuestro tiempo. Os he citado también á romanos y recordado hechos que yo he visto ó de los que me habían hablado; los dos Quinceio, Tito y Lucio, que me hicieron la guerra; Publio y Lucio Escipión, que vencieron á Antioco; su padre y su tío, que unidos constantemente en su

vida, la muerte misma les unió. Pero ni el crimen de los unos y su justo castigo han podido curaros de vuestros insensatos furros, ni la prudencia y prosperidad de los otros os han hecho alentar mejores sentimientos. Vuestra culpable ambición os ha lanzado á que disputéis mi herencia, cuando me encuentro vivo aún. No queréis verme vivir sino hasta el momento en que, sobreviviendo á uno de vosotros, deje al otro con mi muerte un trono que nadie dispute. Ninguno de vosotros puede soportar á su padre ni á su hermano. Nada es para vosotros querido y sagrado; el insaciable deseo de reinar ha ahogado en vosotros todos los demás sentimientos. Comenzad, pues; destrozad los oídos de vuestro padre con debates horribles; emplead las calumnias á porfía mientras llega el momento de esgrimir la espada. Revelad cuanto sepáis de verdadero y decidme todo lo que queráis de imaginario. Abiertos están mis oídos para acostumbrarse en lo sucesivo á las delaciones secretas de un hermano contra otro.» Al escuchar estas palabras, pronunciadas con el acento de la cólera, todos los ojos se llenaron de lágrimas y sombrío silencio reinó por largo rato entre los espectadores.

Perseo dijo á su vez: «Sin duda debí abrir mi puerta de noche, recibir en mi casa á los asesinos embriagados y presentar la garganta al hierro, puesto que no se quiere creer en el crimen si no está consumado; y después de haber visto amenazada mi vida por inicua traición, se me dirigen las mismas reconvenções que al enemigo de mi tranquilidad, á mi asesino. Bien hacen en decir que tu hijo es Demetrio y en llamarme á mí advenedizo y bastardo. Si á tus ojos tuviese la consideración de hijo, si en tu pecho gozase del amor paterno, descargarías tu indignación, no sobre mí, que vengo á denunciarte una trama que he descubierto, sino sobre su autor, y no atenderías tan poco á mi vida, que

no hicieses caso ni de los peligros que he corrido, ni de los que me amenazan si queda impune el delito. Si, pues, es necesario morir sin quejarse, callaré, me limitaré á rogar á los dioses que el atentado dirigido contra mi persona no vaya más lejos, y que no hayan comenzado por mí para llegar hasta ti. Pero si puedo yo obedecer al impulso natural que lleva al hombre atacado entre extraños á invocar el socorro de aquellos que no ha visto jamás; si ante el puñal levantado contra mí puedo lanzar un grito de angustia, yo te ruego por el sagrado nombre de padre, y bien sabes cuál de los dos lo respeta más desde muy antiguo, que te dignes escucharme con el mismo interés que me hubieses mostrado si despertado á media noche por mis gemidos hubieses acudido á socorrerme y hubieras sorprendido á Demétrio en mi puerta con hombres armados. Los gritos de terror que me arrancaba la presencia del peligro los repito ahora delante de ti. Mucho tiempo hace, ¡oh hermano! que no tenemos placeres comunes. Sé que quieres reinar; pero mi edad, el derecho de gentes, la antigua costumbre de Macedonia y la voluntad de un padre son otros tantos obstáculos para tu ambición; para salvarlos es necesario que pases sobre mi cuerpo, y este es el objeto de todos tus esfuerzos, de todas tus maquinaciones. Hasta ahora, por precaución ó por fortuna, he escapado de tus parricidios. Ayer, después de una fiesta religiosa y de las evoluciones militares, trocaste un simulacro militar casi en batalla sangrienta, y no evité la muerte más que dejándome vencer con los míos. Al terminar esta verdadera pelea quisiste, como después de un juego entre hermanos, llevarme á tu mesa. ¿Crees, padre mío, que habría encontrado comensales desarmados, cuando se presentaron en mi casa con armas para continuar el desorden? ¿Crees que no hubiese tenido nada que temer de noche de sus espadas, cuando ante

tus ojos casi me mataron á palos? ¿Qué querías hacer de noche? ¿por qué venías con odio en el pecho á casa de un rival irritado? ¿por qué traías contigo gentes armadas? No me atreví á aceptar tu convite ¿y te recibiría en mi mesa al salir de un festín con tus satélites? Sí, padre mío; si yo hubiese abierto mi puerta, en este momento en que oyes mis quejas dispondrías mis funerales. No hablo aquí como acusador que busca agravios y presenta como pruebas sus sospechas; porque, si él pretende que no llegó á mi puerta con numerosos compañeros, ó que éstos no estaban armados, manda llamar á los que yo te nombraré; sin duda son capaces de todo los miserables culpables de tal atentado, pero no se atreverán á negar el hecho. Si les hubiese preso con el hierro en la mano en el interior de mi casa y te los trajese aquí, no te negaría á creerme: que su confesión supla las pruebas.

»Execra ahora la sed de reinar; evoca las furias que castigan á los fraticidas. Pero ¡oh padre! que no sean ciegas tus execraciones; distingue y separa al traidor de su víctima; que tus imprecaciones caigan solamente sobre la cabeza del culpable. ¡Ojalá que el que quiso matar á su hermano incurra en la cólera de los dioses vengadores del padre ofendido! ¡Ojalá que el que estuvo á punto de perecer bajo los golpes de un hermano criminal, encuentre auxilio y protección en la justicia y cariño en su padre! ¿Qué otro asilo puedo tener cuando no se ha respetado mi vida, ni en la solemne purificación de tu ejército, ni en las evoluciones militares, ni en mi casa, ni en la mesa, ni durante la noche que la próspera naturaleza concede al descanso de los mortales? Acudir á la invitación de mi hermano es correr á la muerte; abrirle una puerta y recibirle en mi mesa es exponerme á morir; acudiendo ó negándome, no puedo evitar la asechanza. ¿A quién, pues, recorro? Yo no he

aprendido á respetar más que á los dioses y á ti, padre mío. No cuento con el auxilio de los romanos, que desean mi muerte porque me intereso mucho en tus agravios, porque no he podido dominar mi indignación al verte despojado de tantas ciudades, de tantos países, y recientemente también del litoral de la Tracia. Mientras vivamos tú y yo no esperan que sea suya la Macedonia. Pero si sucumbimos, yo á manos de mi hermano y tú de vejez, suponiendo que esperen este momento, saben que pueden disponer del reino y del rey de Macedonia. Si te hubiesen dejado algún rincón de tierra fuera de la Macedonia, esperaríá encontrar auxilio allí. ¿Se dirá que puedo contar con los macedonios? Ayer viste con cuánto encarnizamiento me atacaron los soldados. ¿Qué les faltó sino las armas? Y si les faltaron de día, los comensales de mi hermano las encontraron de noche. ¿Hablaré de la mayor parte de los nobles de Macedonia? Todos esperan su elevación y fortuna de los romanos y de aquel que es influyente con ellos. Abiertamente le prefieren ya, no solo á mí, que soy su hermano mayor, sino á ti mismo que eres su padre y su rey. En efecto; él es quien consiguió tu perdón del Senado, él quien en este momento te preserva de las armas de Roma, él cuya juventud se cree con derecho para sujetar tu vejez á su voluntad y someterla á humillante dependencia. Tiene en su favor los romanos, todas las ciudades separadas de tu mando y los macedonios regocijados de vivir en paz con Roma. Y yo, padre mío, exceptuando tú, ¿qué esperanza ni qué recurso tengo?

«¿Qué intención puede ocultar la última carta de T. Quincio cuando te dice que has obrado en conformidad con tus intereses enviando á Demetrio á Roma, é invitándote á enviarle de nuevo con una legación más numerosa y de los varones más principales de Macedo-

nia? T. Quincio es hoy el consejero y maestro de mi hermano en todo; Demetrio te ha renegado por padre y rinde á aquél todo su cariño; con él ha tramado todas esas conspiraciones tenebrosas. Para conseguir cómplices, te invitan á que acompañe á Demetrio á Roma una legación más numerosa de los principales de la nación. De aquí salen íntegros y fieles convencidos de que Filipo es su rey, y regresan con otras ideas, extraviados y seducidos por los romanos. Solamente Demetrio es todo para ellos, y ya le llaman rey, viviendo todavía su padre. Y si todo esto me indigna, oigo en seguida á todo el mundo y á ti mismo, padre mío, censurarme mi criminal ambición. No recibo por mi parte esta censura, porque ¿de quién me deshago yo para colocarme en su puesto? Sobre mí no tengo más que á mi padre, y ruego á los dioses que le mantengan mucho tiempo; si le sobrevivo (y solamente lo deseo en el caso de merecer que lo desee él también) recibiré el reino si él me lo lega. El ambicioso, y ambicioso verdaderamente criminal, es el que quiere invertir el orden del nacimiento y de la naturaleza, hollar las costumbres de Macedonia y el derecho de gentes. Mi hermano mayor es obstáculo para mi elevación; sus derechos y la voluntad paterna le llaman al trono; ¡pues que perezca! No seré el primero que llegue al trono por un fratricidio. Mi padre, abrumado por la edad, solo, privado de su hijo, temerá por sí mismo y no pensará en vengarlo. Los romanos aplaudirán el asesinato, lo aprobarán y me protegerán. Inciertas son, sin duda, estas esperanzas, pero no carecen de fundamento. Porque el caso es este: puedes alejar de mí todo peligro castigando á los que han tomado las armas para matarme; si se consuma el crimen, no podrás ya castigar á los delincuentes.»

Quando acabó de hablar Perseo, todos los presentes miraron á Demetrio como si esperasen inmediata con-

testación. Pero hubo un momento de silencio. Indudablemente no podía hablar el joven ahogado por las lágrimas. Al fin dominó su dolor, porque le instaban para que hablase, y lo hizo de esta manera: «Padre mío, mi acusador se ha apoderado de todo lo que de ordinario es recurso de los acusados. Las fingidas lágrimas que ha derramado para perderme te han hecho sospechosas mis lágrimas verdaderas. Desde mi regreso de Roma, noche y día trama con sus partidarios conspiraciones contra mi vida. ¡Y es él quien viene á delatarme ante tus ojos como traidor; más aún, como bandido y público asesino! Te asusta con sus peligros imaginarios, para apresurar con tus manos la pérdida de un hermano inocente. Se queja de no tener asilo en el mundo, para quitarme toda esperanza contigo. Yo soy autor de maquinaciones, encontrándome aislado y sin apoyo, y me imputa como un crimen una protección extranjera, que me es más perjudicial que útil, para hacerme caer bajo el peso de la animadversión. ¡Con cuánta perfidia ha enlazado el calumniador el suceso de la última noche con los ataques dirigidos contra toda mi conducta anterior! Y todo esto para hacerte sospechoso, con el cuadro de toda mi vida, un hecho que te explicaré muy pronto, y para corroborar, con el falso relato de una maquinación nocturna, la vana acusación de esperanzas y ambiciosos proyectos que me imputa. Ha cuidado al mismo tiempo de que no pareciese premeditada su acusación, y que pudieran creerla inspirada por los terrores de la noche y la alarma que había experimentado. Pero ¡oh Perseo! si yo hiciese traición á mi padre y al Estado, si conspirase con los romanos y otros enemigos de mi padre, no debías haber esperado la pretendida asechanza de esta noche para acusarme. ¿Por qué no revelabas de antemano mi traición? Y si tu acusación, privada de todo fundamento, no tenía valor ninguno y

solamente podía servir para manifestar tu odio contra mí, más bien que mi culpabilidad, era necesario hoy también callarla ó aplazarla. Este era el medio de demostrar cuál de nosotros dos, en esta rivalidad, tan nueva y especial, atentaba á la vida del otro. Voy, sin embargo, en cuanto lo permita la turbación que me causa una denuncia tan inesperada, á separar lo que has confundido y á revelar qué lazos hemos tendido esta noche tú y yo. Quiere hacer creer que había formado yo el proyecto de asesinarle, y que mi objeto era asegurarme por medio de este fratricidio, siendo el más joven, la sucesión que conceden á mi hermano su título de primogénito, el derecho de gentes, las costumbres de Macedonia y hasta, según pretendes, la voluntad de un padre. ¿Qué significa, pues, la segunda parte de su discurso, donde dice que he cultivado la amistad de los romanos y que cuento con su apoyo para elevarme al trono? Si he creído que podían imponer á Macedonia el rey que eligiesen; si tanto confío en mi favor con ellos, ¿para qué recurrir al fratricidio? ¿Acaso por el placer de ceñir una diadema teñida por la sangre de un hermano? ¿Acaso para convertirme en objeto de horror y aversión á los ojos de aquellos mismos cuya protección me he captado mediante lealtad probada ó por lo menos fingida? ¿O tal vez supones que T. Quincio, cuyos consejos y prudente influencia me acusas seguir, me ha propuesto la muerte de un hermano cuando en tan estrecha unión vive con el suyo? ¡Perseo pretende también que á la amistad de los romanos reuna los deseos de los macedonios y casi el voto unánime de los hombres y de los dioses, y no admitiría que todas las ventajas me asegurasen la superioridad de esta lucha! Por el contrario, aparenta creerme en todo muy inferior á él, puesto que me acusa de no tener otro recurso que el crimen. ¿Quieres que se plantee así la cuestión?

Que aquel de nosotros dos que tema parecer menos digno de reinar, se le declare culpable de haber querido matar á su hermano.

»Pero sigamos, en cuanto sea posible, el plan de esta pretendida conspiración. Me acusa de haber atentado contra su vida de muchas maneras, y asegura que todas estas tentativas han tenido lugar en el mismo día. He querido asesinarle en plena luz después de la purificación, en medio de un simulacro, es decir, ¡oh dioses!, en una fiesta religiosa. He querido, invitándole á mi mesa, deshacerme de él sin duda por el veneno. He intentado, yendo á su casa para sentarme á su mesa con gentes armadas, matarle á puñaladas. Ya ves qué momentos elegía para realizar el fratricidio: el espectáculo, el festín, el de los placeres. ¡Y qué día!; el mismo en que se ha purificado el ejército; aquel en que, después de pasar entre las dos partes de la víctima, precedidos por las armaduras de todos los reyes de Macedonia antecesores tuyos, y colocados los dos á tu lado, padre mío, hemos tomado el mando y hecho maniobrar á los soldados macedonios. ¡Y en medio de este sacrificio expiatorio que debía lavar todas mis manchas, en el caso de que hubiese tenido anteriormente la desgracia de cometer algún delito; cuando tenía á la vista la víctima colocada á nuestro paso, habré meditado proyectos de fratricidio y envenenamiento y habré pensado en preparar armas para ensangrentar un festín! ¿Qué otro sacrificio habría purificado después esta alma tan cargada de crímenes? Pero al querer presentar como sospechosos todos mis pasos, en el deseo de acusarme, tu ánimo se ciega y revuelve hechos contradictorios. Si trataba de envenenarte en mi mesa, ¿podía haber nada más torpe que irritarte con una lucha seria y obstinada é impulsarte así á rehusar, como rehusaste, mi invitación? Después de esta negativa dictada por la cólera,

¿debía yo procurar calmarte, buscando otra ocasión, puesto que tenía preparado el veneno, ó cambiar bruscamente de proyecto y decidirme á asesinarte en el mismo día, fingiendo que iba á sentarme á tu mesa? Si suponía que el temor de la muerte te había impedido venir á mi casa, ¿cómo no suponía que el mismo temor te impediría admitirme, abrirme la tuya?

»No me avergüenzo, padre mío, de haber abusado del vino, en un día festivo, con otros jóvenes de mi edad. Te ruego averigües qué loca alegría animaba ayer á mis comensales, y el regocijo (tal vez imprudente) que nos inspiraba no haber sido vencidos en los juegos militares, tan á propósito para excitar el valor de la juventud. Nuestra desgracia y nuestros temores han disipado en seguida los vapores del vino; y sin este golpe que nos ha herido, nosotros los asesinos aún estaríamos sumidos en profundo sueño. Si me hubiese propuesto forzar tu casa, si quería asesinarte después de entrar en ella, ¿no habría podido abstenerme de beber un día siquiera? ¿No habría evitado que bebiesen mis compañeros? Pero no me defiende solamente mi leal franqueza; escuchemos á mi hermano, á ese hermano tan bueno y que nada tiene de suspicaz. «Todo lo que sé, dice, de todo lo que me quejo es de que vinieron á mi casa armados sólo pretexto de placeres.» Y pregunto: ¿cómo lo sabes? Necesario es que confieses que mi casa está llena de espías que tú has enviado ó que nos hemos armado tan públicamente que todos lo han visto. Pero con objeto de ocultar que hace espíar mis pasos ó que viene aquí con acusaciones apasionadas, te excito, ¡oh padre mío!, á que tú interrogues á los que él te designe si llevaban armas, como si el hecho fuese dudoso y su confesión envolviese el convencimiento del crimen. ¿Por qué no les preguntas si llevaban armas con objeto de asesinarte? ¿si yo se lo había mandado? ¿si yo lo sabía? Porque